

LOS PRÍNCIPES DE LA MEDIOCRIDAD:

UN LEGADO MÁS GRANDE QUE EL DE JAIME GARZÓN

THE PRINCES OF THE MEDIOCRITY: A
LEGACY GREATER THAN THAT OF JAIME
GARZÓN

Valentina Sarria Ospina

Correo electrónico:
vsarria6241@bellasartes.edu.co
<https://orcid.org/0000-0003-4390-6825>

Valentina Sarria Ospina es una estudiante de segundo semestre de la Licenciatura en Artes Escénicas de Bellas Artes, Institución Universitaria del Valle. Aunque nació en la ciudad de Bogotá en el año 1999, toda su vida ha vivido en Cali. Actualmente pertenece al Colectivo Teatral Útopía.



Resumen

Las siguientes páginas contienen una reflexión, de mediana extensión, sobre la serie colombiana de los 90, llamada El siguiente programa (1997-2000), protagonizado por Martín Guillermo de Francisco Baquero y Santiago José Moure Erazo, dos presentadores colombianos que, a través del humor, la sátira y la burla, cuestionan los paradigmas y referentes de la identidad nacional, criticando los comportamientos comunes y más arraigados de la cultura popular y no popular. Francisco y Moure arremeten contra la cultura nacional en todas sus dimensiones, desde la vida cotidiana, la moral, la sexualidad y el «arte», no dejando ningún cabo suelto que pueda ser abordado y replanteado. En la reflexión encontraremos las razones puntuales del porqué este producto nacional tiene diferentes valores, que van desde lo social hasta lo funcional.

Palabras clave: El siguiente programa, sátira, animación, irreverencia

Abstract

The following pages contain a reflection, of medium length, on the Colombian series of the 90's called El siguiente programa (1997-2000), starring Martín Guillermo de Francisco Baquero and Santiago José Moure Erazo, two Colombian presenters who, through humor, satire and mockery, question the paradigms and referents of national identity, criticizing the most common and deep-rooted behaviors of popular and non-popular culture. Francisco and Moure attack national culture in all its dimensions, from daily life, morality, sexuality and "art", leaving no loose end that can be addressed and reconsidered. In the reflection we will find the specific reasons why this national product has different values, ranging from the social to the functional.

Keywords: El siguiente programa, satire, animation, irreverence

Introducción

El presente texto es una reflexión sobre la serie animada de televisión colombiana *El siguiente programa*, cuyo primer episodio fue emitido en el año 1997. Protagonizada por dos personajes, relativamente jóvenes, cuya única gracia (dicen ellos mismos en su constante discurso autorreferencial), es criticar todo lo que sucede y conforma este territorio, que dice ser un país llamado Colombia.

Ilustración 1.
El siguiente programa.



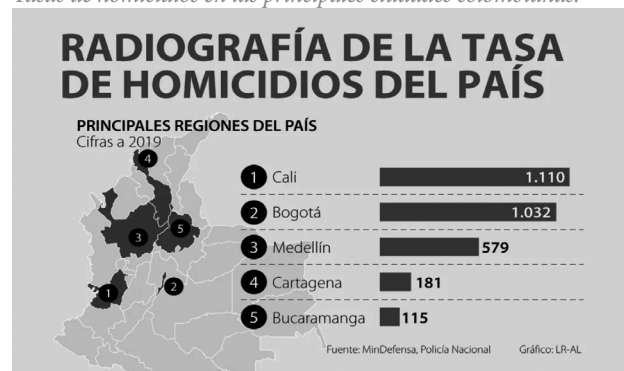
<https://cartelurbano.com/historias/el-siguiente-programa-animacion-colombia-santiago-moure-martin-de-francisco>

El guión tiene un tono burlesco y satírico: es inevitable que esto aflore cuando se observa el país que habitamos, que poco o nada ha cambiado con respecto a esa Colombia que De Francisco y Moure nos retratan de forma dan-

tesca, pero acertada. Resulta cómodo elaborar una interpretación, de dicho programa, como un contenido realizado para el mero entretenimiento, que nos hace reír cuando nos dice que «somos unos iguazos» y que «ojalá nos coma el marrano», pero el sentido del programa va mucho más allá del humor fácil.

Culturalmente, y hablando de forma general, tenemos una cosmovisión de nuestro país que funciona como placebo para todo el horror y barbarie que se vive, día a día. Todos hemos escuchado alguna vez: «Somos el mejor vivero del mundo»; «En Colombia vive la gente más alegre del mundo», etc. Y, aparte de eso, a las ciudades principales se les apoda con términos sosos como «La Ciudad de la Eterna Primavera», «La Heroica», entre otros. A Santiago De Cali la llaman «La Sucursal del Cielo» (¿será porque, rapidito, te mandan pa' allá?). La Ilustración 2 muestra el número de homicidios en las ciudades más afectadas: la Sucursal del Cielo estuvo en primer lugar en el 2019.

Ilustración 2.
Tasas de homicidios en las principales ciudades colombianas.



19 de marzo de 2020. https://img.lalr.co/cms/2020/03/18172343/Asuntos_Homicidios_720.jpg?size=sm

Entonces, ¿con qué moral se pronuncian frases como las antes mencionadas, cuando en realidad, podría decirse, que vivimos en un moridero?

Aquí es donde entra *El siguiente programa* que, sin filtros ni eufemismos, muestra una Bogotá en caos —se habla de Bogotá porque es la ciudad donde viven los personajes, aunque presente al resto del país—, donde el ciudadano de a pie vive en un constante infierno, pero cuya cultura y cosmovisión, pasivas y conformes, le conminan a ver su realidad como algo cotidiano y normal, hasta el punto de vivir con alegría e indiferencia. Los personajes interpretados por De Francisco y Moure se muestran como precursores de una «contracultura colombiana», que no lloriquea cuando escucha *Colombia Tierra Querida*; una cultura, sin dios ni patria, que permite ver la realidad del país desde un punto de vista menos emotivo y más racional. Esta contracultura no es inexistente, pues somos un número considerable de personas que compartimos ideas similares.

País de «iguazos»: la cotidiana violencia en Colombia

En la serie se usa el término «iguzo» para referirse a hombres, de clases populares, con actitudes violentas y pocos modales, que refieren el supuesto comportamiento agresivo del hombre primitivo.

Este tópico es uno de lo más satirizados por nuestros dos personajes pues, como bien sabemos, Colombia no solo ha sido el lugar de

un conflicto armado que por más de cincuenta años se ha llevado la vida de cientos de soldados, guerrilleros y paramilitares, sino de otras problemáticas como la violencia intrafamiliar y la delincuencia común, que son parte de los noticiarios día a día. Y, sin embargo, la violencia colombiana no solo está presente en lo previamente planteado, sino que también cuando se habla de la resolución de conflictos, o simples discusiones que surgen en determinados momentos. Esto no responde, únicamente, al pasado, sino también del presente, pues la intolerancia sigue latente en nuestra cultura. Por ejemplo, el lunes 28 de enero del 2019, un conductor del Sistema Integrado de Transporte de Bogotá (SITP) arremetió contra otro conductor de una camioneta, tras un pequeño choque entre los dos. De acuerdo con cifras de medicina legal, en el 2018 se reportaron 88 casos de lesiones interpersonales que involucraron a conductores del transporte público.

No es una exageración cuando encontramos personajes de la serie, con actitudes violentas y primitivas, que «ofrecen machete» a todo aquel que se le atreviese. Pues, de hecho, es en conductores de transporte público en quienes más se evidencia este tipo de comportamientos. Pero, ¿por qué?

Según María Clara Arboleda, psicóloga de la Universidad de los Andes (Redacción El Tiempo, 1995), este fenómeno se debe a la tensión provocada por el tráfico pesado y la actitud de peatones y pasajeros.

Por su parte, el sicólogo Alfonso Sánchez Quintero (Redacción El Tiempo, 1995), nos brinda cinco razones:

1. El síndrome de violencia que afecta al país desde hace varias décadas.
2. La falta de cultura y solidaridad.
3. La indisciplina social ciudadana.
4. La inversión de valores, que conmina a perder el respeto por el derecho de los demás, inclusive a la vida.
5. El egoísmo y la avidez por el dinero y el poder para imponer a los demás sus propias leyes.

Todas estas razones justifican el fenómeno que ocurre con los conductores, y también, del fenómeno violento, en general.

¿Será, esta exacerbada violencia, una expresión asociada a nuestra exacerbada alegría?

Pan y circo

La farándula colombiana y los chismes son algunos de los tantos distractores del colombiano promedio pues, constantemente, somos bombardeados por información irrelevante, que, si bien no es productiva, sí que es llamativa. Y, por supuesto, «los ídolos de barro», que son objetos de deseo y admiración, no están exentos de la aguda crítica de los comandantes del «Ejército de la verdad». Es interesante cómo, personas aparentemente perfectas y glamurosas, son burladas como unos colombianos más, pues reflejan nuestras carencias, idiosincrasia e inclu-

so ignorancia. En ese caso, ¿por qué será que las personas se interesan tanto en semejantes personajes?

Probablemente porque, justamente, parece que nuestro es no pensar, en no ser conscientes de las desgracias que, día a día, ocurren en el país. Es preferible estar en el plano de la fantasía, del opio y la indiferencia.

Corrupción

«¡Buenos días, país corrupto!». Este es el típico saludo matutino del programa de radio realizado por De Francisco y Moure; palabras, para nada vacías, que revelan una dolorosa verdad que puede ser el origen de todos nuestros males. Nuestro país ha sido gobernado por corruptos hasta el sol de hoy. Basta encender la televisión para conocer quince nuevos casos de corrupción que, aun siendo de altísima gravedad, no generan más que una indignación pasajera que morirá con la siguiente sección de farándula. Nuestra cultura tiene fuertes raíces en el egoísmo, la trampa y el «quite, que aquí voy yo», pues no solo muchos de los dirigentes del país tienen este «mal hábito», sino que gran parte de nuestro entorno está contaminado con ideas que promueven la «viveza» y subestiman y desvalorizan principios como la honestidad, la rectitud y la honradez.

¿Cuántas veces nos hemos colado en una fila para no perder nuestro tiempo? ¿Cuántas veces hemos falsificado documentos y hemos dado información incorrecta? ¿Cuántas veces hemos sido testigos y partícipes silenciosos de la sobrefacturación?



Sin embargo, estas cotidianidades pasan a ser irrelevantes, simplemente nimiedades, al lado de grandes desfalcos al Estado, de robos millonarios del presupuesto de la nación, de asesinatos extrajudiciales que conducen a beneficios económicos y laborales. No solo los gobernantes, sino el Estado, y cada institución que lo conforma, están corroídos por ese moho infeccioso que es la corrupción.

En el 2020 la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) desenterró 71 cuerpos en el municipio de Dabeiba, para confirmar, tiempo después, que se trataba de «falsos positivos» (Romero, 2020). Entre los cuerpos hallados se encontraba el de un menor de edad. No son pues, los falsos positivos, hechos aislados de la corrupción, pues estas ejecuciones tenían como objetivo estadístico aumentar el número de bajas de los enemigos del Estado y obtener recompensas monetarias, además de ciertos privilegios personales (como permisos, etc.). Los falsos positivos no fueron montajes directamente relacionados con los soldados rasos (muchos de ellos aseguraron haber sido presionados para cometer el acto final de disparar), sino que involucran a los altos mandos militares que dieron las órdenes y que, seguramente, obtuvieron los premios más gordos.

La pregunta, entonces, sería: ¿es tanta nuestra plasticidad, moral y ética, que somos capaces de, incluso, asesinar inocentes para obtener lo que queremos, de la forma más fácil? En teoría, las bajas eran las obtenidas en combate, pero, con el fin de elevar la cifra, fueron capaces de aprovechar las necesidades de jóvenes humildes, y engañarlos para atraerlos a una trampa,

que los conduciría a una fosa, sin fondo, de la que nunca saldrían.

Bueno, la fuerza pública ha demostrado no ser la institución más idónea como paradigma de transparencia, pero seguro nuestros más altos magistrados y la corte constitucional de nuestro país, al ser los encargados de la suprema justicia, son organismos de distinto talante... pensaría uno, ¿no?

Pues no: la Fiscalía descubrió, tiempo atrás, que magistrados de alto nivel hacían parte de una organización criminal: consistía en hacer usos de sus facultades judiciales para alterar procesos, de ciertos personajes, en la corte. Dichos personajes pagaban cuantiosas sumas de dinero a estos magistrados para retrasar sus procesos, alterar evidencias, uso de medios de comunicación para manipular la opinión pública, etc. Dentro de los involucrados se encuentra el fiscal «anticorrupción» Luis Gustavo Moreno Rivera, que irónico, ¿no?

Precisamente, de todo lo absurdo que ocurre en nuestro país se ocupa nuestro «Ejército de la verdad», que nos muestra a una Colombia animada, pero sustancialmente igual al país que habitamos.

El par de ejemplos que han sido mencionados hacen parte de los cientos y cientos que hay en cada institución, y demuestran que la ética y el honor no son parte de nuestra cultura más insigne.

Según el académico estadounidense Robert Klitgaard, en su artículo *Contra la corrupción*, este flagelo tiende a sistematizarse y generalizarse en países subdesarrollados por la falta de oportunidades y la pobreza económica que los contiene. Esta problemática casi que empuja —en algunos casos— a los ciudadanos a cometer actos no éticos, por la seguridad que brinda los beneficios a obtener. La motivación para obtener ingresos es sumamente fuerte, exacerbada por la pobreza y los reducidos y decrecientes sueldos de la administración pública. Además, en los países en desarrollo hay riesgos de todo tipo (enfermedades, accidentes y desempleo) y la población suele carecer de los numerosos mecanismos de distribución de los riesgos (incluidos los seguros y un mercado laboral bien desarrollado) que tienen los países más prósperos (Klitgaard, 2000).

Por supuesto, hay razones de enorme profundidad que explican el porqué de esta situación y *El siguiente programa* no es indiferente ante ello. En el capítulo *Políticamente correcto*, la narrativa recorre diferentes situaciones, cuya razón de ser es explicada por los dos locutores. En este episodio se presentan distintos escenarios que recrean desde un robo en las calles, hasta un gran desfalco estatal, siendo De Francisco y Moure testigos de la gran cadena criminal que empieza, desde lo más cotidiano y visible, hasta lo más oculto y voraz.

Por lo ya expuesto, principalmente, *El siguiente programa* tiene un valor funcional de gran magnitud, que va más allá del entretenimiento, pues cada capítulo lleva a la reflexión

del espectador ante el acontecer nacional; con su manera cruda, performativa y llena de sátira, no deja indiferente a nadie, esté o no de acuerdo con la postura de los creadores. Propone temas sensibles como las actividades de la guerrilla, de los paramilitares, la delincuencia común y mediocridad, entre otros.

Nuestra cosmovisión puede ser notablemente ampliada por estos dos creadores, pues va en contracorriente con la autoimagen que los medios tradicionales y nacionales nos quieren vender.

¿Y qué tiene qué ver Jaime?

Cuando en Colombia se relacionan la comedia con la conciencia social y política, el referente más popular y celebrado es el ya fallecido Jaime Garzón quien, con su gran carisma y mordaz humor, expuso gran parte el lado oscuro del país. No obstante, considero importante recordar y aplaudir aquel gran programa de animación, *El siguiente programa*, que hizo reír, durante varios años, a un público que podía verse reflejado en cada historia desarrollada durante sus 113 capítulos.

El título de esta reflexión afirma que la importancia del trabajo realizado por De Francisco y Moure (teatrero, entre otras cosas) es superior a la del extinto Jaime Garzón. Sin embargo, esta aseveración no pretende sentar una verdad, sino otorgarle el valor que merecen, tanto esta serie animada de televisión como sus dos creadores, ya que, en cuanto a la importancia que han tenido sus denuncias desde el forma-



to del humor audiovisual, ha sido subestimada y poco evaluada. Desde lo personal pienso que *El siguiente programa* se convirtió en un legado que seguirá vigente por muchos años más y, en el peor de los casos, por siempre.

Sea como fuere, «El ejército de la verdad», a diferencia de Jaime Garzón, sigue vivo, y su voz aún se escucha, al menos dentro de esa contracultura que piensa que el humor es un instrumento de gran fuerza para evidenciar lo que, en el fondo, no deseamos oír.

Consideración final

Es necesario reevaluar la importancia de *El siguiente programa* pues, aun siendo un programa creado hace muchos años, se caracteriza por su vigencia, pues la gran mayoría de las situaciones y acontecimientos de los capítulos siguen ocurriendo en la actualidad, siendo el año 2021.

Reconocer los distintos valores de contenidos audiovisuales como *El siguiente programa* contribuye al fomento de la crítica, y a no temer de hablar de nuestro contexto y cultura. De hecho, la misión del artista colombiano, desde el teatrero hasta el animador, no puede estar exenta de generar reflexión y conciencia de nuestro propio entorno.

Referencias

- Alvarado, A. (07 de junio 2018). Cuatro claves para entender el cartel de la toga. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/justicia/delitos/que-fue-el-cartel-de-la-toga-y-quienes-son-los-investigados-227456>
- Klitgaard, R. (1998). Contra la corrupción. *Finanzas y Desarrollo*, 2, 5.
- Redacción El Tiempo. (23 de junio de 1995). Por qué tan agresivos, los conductores. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-350938>
- Romero, L. (21 de noviembre de 2020). Los cuerpos hallados por la JEP en Dabeiba sí eran víctimas de falsos positivos. *El espectador*. <https://www.elespectador.com/colombia-20/jep-y-desaparecidos/los-cuerpos-hallados-por-la-jep-en-dabeiba-si-eran-victimas-de-falsos-positivos-article/>